

Del peluche al smartphone

crónica de un fracaso interaccional anunciado



Amanda Céspedes*

* Amanda Céspedes: Médico Neuropsiquiatra Infantil U. De Chile. Postgrado U. Degli Studi de Turin, Italia. Desarrolla y promueve el conocimiento del cerebro infantil aplicado a la educación. Escritora.

crónica de un fracaso interaccional anunciado

1.577 niños y adolescentes chilenos fueron los encuestados por *Critería* para el estudio “*Radiografía Digital: Niños, niñas y adolescentes 2025*”, que busca analizar la niñez hiperconectada y los hábitos digitales. Un 31% de los niños comenzó a usar un teléfono celular antes de los 5 años; si observamos con atención aquellos espacios públicos donde se concentran adultos con niños pequeños (aeropuertos, plazas de juegos, restaurantes, patios de comida en los malls, entre otros), podemos ver que 1 de cada 2 niños menores de 3 años interactúa en algún momento con un teléfono celular o un *I-pad*. Y si observamos qué lleva en su mano un bebé de unos 10 a 12 meses que va de paseo en su cochecito, veremos que es altamente probable que lleve un celular. La mayoría de los padres que facilitan a sus hijos pequeños un celular estima que están facilitando el desarrollo de competencias digitales que, tarde o temprano, les permitirán crear sus propias culturas digitales. Comentan con admiración que sus bebés ya son capaces de arrastrar elementos en la pantalla, abrir aplicaciones, elegir qué aplicación abrir, etc., adhiriendo a investigadores que defienden con fervor la alfabetización digital temprana.

David Buckingham, académico británico especializado en comunicaciones y alfabetización digital de niños y jóvenes, sostenía hace 20 años atrás que las competencias que los niños necesitan en relación a los medios digitales deben estar al servicio de que sean capaces en un futuro de transformar la sociedad y dotarla de conocimiento, y para ello la alfabetización digital debería ser una prioridad para la infancia, pero refiriéndose en concreto a niños mayores de 8 años y adolescentes.

En el 2011, la Academia Americana de Pediatría recomendaba evitar el uso de celulares por niños menores de 2 años, argumentando que la interacción con estos dispositivos retrasaba el desarrollo del lenguaje verbal, en plena expansión antes de los 24 meses. Esta recomendación sigue siendo válida para los especialistas en neuropediatría, quienes sostienen que el uso de celulares antes de los 2 años perjudica la memoria, el lenguaje, el aprendizaje, favorece el sedentarismo y altera el sueño. Sin embargo, hay un aspecto que rara vez se menciona, y es el impacto adverso que tiene el celular en manos de niños menores de 24 meses en uno de los patrimonios humanos más valiosos y delicados: la capacidad de interacción comunicativa con otros.

El significado del concepto de interacción es muy amplio, dependiendo del ámbito del conocimien-

to en el cual este concepto se emplea. En el campo de las ciencias sociales, la interacción es entendida como un acto comunicativo en el cual cobra importancia la influencia recíproca que ejercen los participantes de un acto comunicativo sobre sus acciones respectivas al compartir tiempo y espacio en el contexto inmediato, entendiendo así la interacción como un encuentro comunicativo.

La neurobiología del desarrollo es enfática en mostrar que el bebé humano viene diseñado desde antes de nacer para llevar a cabo encuentros comunicativos esenciales para su supervivencia y para su pleno desarrollo cognitivo, emocional y social; alguien se refirió a esta característica como “bebé interactivo”, un bebé que muy tempranamente muestra una capacidad innata para relacionarse de modo intenso con otros seres humanos, generándose influencias recíprocas en las cuales las respuestas de uno y otro son determinantes. Desde que nace el bebé humano se muestra “volcado hacia el otro”, creando ajustes y sincronías a través de la actividad de redes neuronales al servicio de una sintonización afectiva. Como se trata de un encuentro comunicativo, la respuesta del otro es esencial, determinando una fluida capacidad de ir ajustándose recíprocamente o, por el contrario, una ruptura de las sincronías, la cual va a tener un importante impacto adverso sobre la capacidad de ese niño de ir refinando su capacidad interaccional. Estas sintonías y sincronías deben ser permanentes a medida que el niño se va desarrollando, siendo esenciales los primeros 24 meses, un período durante el cual maduran y se refinan activamente habilidades cruciales para las interacciones sociales futuras: la empatía, el empleo interaccional de la mirada, la capacidad de atención conjunta, la mentalización, las habilidades kinésicas, pragmáticas y proxémicas, la capacidad de autorregulación emocional, la imaginación al servicio del juego, etc. Entre los 24 meses y los 5 años, coincidiendo con la gradual ampliación de las interacciones sociales (ingreso al jardín infantil y luego al nivel prebásico escolar) tales interacciones van a depender de modo estricto de un adecuado desarrollo de las habilidades sociales antes mencionadas, y las van a enriquecer y potenciar o, por el contrario, pueden desmantelarlas. En otras palabras, a mayor solidez en el desarrollo de la mente interactiva, más exitosas serán las interacciones sociales, con impacto directo sobre la buena convivencia al interior del hogar, en el resto de los espacios relacionales y, muy especialmente, sobre la salud mental e integral de la infancia y la niñez.

Sin duda alguna que la formación de ciudadanos digitales es impostergable y debe comenzar tempranamente, equipando a los niños para moverse de modo ético, responsable e informado en un mundo cada vez más digitalizado, pero es imprescindible atender al desarrollo cerebral temprano cuando se pone el énfasis en la adecuada formación de la infancia en ciudadanía digital.